

El General de Ingenieros Don José Marvá y Máyer, creador del Cuerpo de Inspección de Trabajo

Jorge CONDE LÓPEZ

M. Julia BORDONADO BERMEJO (2006). *El General de Ingenieros Don José Marvá y Máyer, creador del Cuerpo de Inspección de Trabajo*. I Centenario de la Inspección de Trabajo y Seguridad Social. Madrid, Ministerio de Trabajo y de Asuntos Sociales, 151 págs.

Dentro de los actos conmemorativos de la celebración del I Centenario de la Creación del Cuerpo de Inspección de Trabajo realizados por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, se ha publicado el presente trabajo, que se centra en el estudio de la figura del General Don José Marvá y Máyer. Nació Marvá en Alicante en el año 1846 y falleció en Madrid el día 15 de agosto de 1937. La importancia de su figura radica en el hecho de que fue el creador en 1906 del Cuerpo de Inspección de Trabajo. El citado Cuerpo nació con el objetivo de velar por el cumplimiento de las normas sociales en los centros de producción, ya que los mismos eran un lugar donde se producían gran cantidad de accidentes laborales y de enfermedades profesionales. Su formación militar como ingeniero, donde alcanzó el empleo de General de División, le llevó a realizar diversos viajes por el extranjero con el objetivo de importar tecnología militar para España. El país que más le impresionó fue la Alemania de finales del siglo XIX, tanto por sus avances tecnológicos y científicos como por las soluciones dadas a los problemas de seguridad e higiene obrera en los centros de producción. Como consecuencia de estos viajes fue el impulsor y primer creador del Laboratorio del Material de Ingenieros de la calle Princesa de Madrid, donde puso en práctica medidas protectoras de seguridad e higiene para los trabajadores de establecimientos militares. D. Gumersindo de Azcárate tuvo conocimiento de estos esfuerzos y «seleccionó» a Marvá para ocupar la Jefatura de la Sección Segunda, o de Inspección del Instituto de Reformas Sociales (IRS), desde su creación en 1903 hasta su posterior integración en el Ministerio de Trabajo en 1924. Las razones que

justifican la elección de Marvá para formar parte del IRS son las siguientes: su capacidad de trabajo, su honradez e integridad y sus conocimientos técnicos de ingeniería, que le convirtieron en el «técnico del IRS» y uno de los hombres de confianza de D. Gumersindo de Azcárate. Este perfil marviano se complementaba con el resto de personalidades que integraban el Instituto, o que explica la gran aportación al desarrollo económico-social de España que promovió dicha Institución, ya que de la misma se deriva tanto el Cuerpo de Inspección Laboral como el Instituto Nacional de Previsión. Marvá fue, además, miembro-fundador de la Junta para la Ampliación de Estudios y Presidente del Instituto Nacional de Previsión. La presidencia la ocupó a raíz del asesinato de D. Eduardo Dato en 1921, ocupando dicho cargo hasta 1934, fecha en la que, al cumplir 88 años, cesó de todos sus cargos y quedó como Presidente-Honorario del Instituto. La creación del Cuerpo de Inspección de Trabajo, el impulso dado como Presidente al Instituto Nacional de Previsión, así como su aportación al desarrollo del Laboratorio de Ensayo de Materiales del Ejército, fueron los principales servicios que realizó a España. Su contribución al desarrollo económico y social español se caracteriza por una absoluta «adoración por el modelo alemán» bismarckiano y por una «obsesión integral por la cuestión obrera».

La honorabilidad, rigor científico, capacidad de trabajo e integridad son rasgos de la personalidad de Marvá, que impresionan a los investigadores del siglo XXI. El Dr. D. Juan Velarde Fuertes, autor del prólogo del libro, le califica de «héroe social» y resalta la enorme importancia de su figura en la historia económico-social de España, que permite explicar la situación actual en materia de protección obrera y de previsión social. El Dr. Velarde transmitió su interés por Marvá a la autora y fue el promotor de que la aportación mariana no se perdiera en el tiempo.

La guerra no ha terminado. El exilio español en Francia. 1944-1953

Luis GONZALO

Javier CERVERA GIL: *La guerra no ha terminado. El exilio español en Francia. 1944-1953*. Taurus, Madrid, 2007. ISBN: 978-84-306-0636-8.

En las diferentes aproximaciones al exilio español provocado por el conflicto del 36, la que incide en las actitudes de los países de acogida hacia los refugiados no suele ser la más frecuente. Es más, plantear el estudio de aquella realidad en los términos de un fenómeno de opinión pública permite constatar la originalidad de un enfoque con el cual «se pretende completar una faceta poco analizada» del exilio español. La Francia posterior a la liberación constituye, al respecto, un mirador privilegiado para conocer «el grado de simpatía, de afinidad con la causa antifranquista» de la opinión pública de un país extranjero tanto por su proximidad geográfica como por acoger al «mayor número de opositores al franquismo exiliados».

La primera pregunta resuelta por Javier Cervera en este extenso y documentado estudio más que sobre los *hechos*, sobre las *representaciones* del exilio y su evolución es la de identificar los «ámbitos» generadores de esas representaciones, enclaves institucionales, organizacionales y sociales desde los que, en función de factores de diversa índole y siempre en relación con un contexto nacional e internacional tan fluido y problemático como el de la posguerra, se irá generando una semántica política del exilio español. Cervera da muestras de una gran solvencia interpretativa en el análisis de un ingente caudal de datos del que va destilando las claves de la construcción y evolución de dicha semántica y los imponderables que afectaron a esos dos aspectos fundamentales de la misma.

En su pormenorizado estudio de las actitudes hacia los exiliados españoles del «Estado francés», los «partidos políticos» y las «organizaciones de la sociedad francesa», de la «acción de la diplomacia del Estado franquista en Francia» y de la propaganda y movilización de los «antifranquistas españoles instalados en Francia»,

el autor desentraña «los mecanismos de creación de opinión pública a favor y en contra» del franquismo en la Francia de posguerra. Este desentrañamiento, siempre circunscrito al contexto específico de cada uno de esos cinco «ámbitos», hace posible confrontar la dimensión cuantitativa del exilio español en Francia, bien documentada por el autor, con la dimensión cualitativa del mismo: el exilio como *representación* de una sociedad, la francesa, cuya imagen de los refugiados españoles y, por extensión, del franquismo sólo puede descifrarse teniendo en cuenta factores como la colaboración republicana en la lucha contra los nazis, la fragilidad de la Cuarta República, la condena de la ONU del régimen de Franco, la política contemporizadora de Estados Unidos y Gran Bretaña y el temor creciente al comunismo en los albores de la Guerra Fría.

Todos estos factores son convenientemente analizados por Cervera para entender por qué la opinión pública del país vecino evolucionó desde una posición crítica hacia la dictadura española hasta otra basada en la aceptación pragmática de aquélla. Evolución que se acompaña del paso de una actitud generosa y comprometida con los refugiados españoles, notable sobre todo en el sur de Francia, a una actitud donde el olvido y la indiferencia conviven con el rechazo e, incluso, caso de los comunistas exiliados españoles, la ilegalización.

Según Cervera, «desde finales de 1947, y claramente en 1948», cabe certificar un viraje fundamental en la actitud del Estado y sociedad franceses respecto al franquismo y los refugiados españoles. A partir de ese momento, se asume la inevitable convivencia «con un régimen dictatorial en el sur», lo que provoca el alejamiento de la «política del Estado francés [...] de la causa anti-franquista del exilio». Una de las mayores virtudes del libro reside en la compleja explicación de los factores intervinientes en la política. Francia, tras la liberación, salía no sólo de una humillante ocupación, sino de una cruenta guerra civil. El poso de división que dejó ésta se manifiesta en la fragilidad institucional de la Cuarta República, a la que se oponían, por distintas razones, tanto gaulistas como comunistas. En un contexto de incertidumbre, la política del Gobierno respecto a los exiliados españoles y al franquismo debía hacer frente a presiones de diverso signo: por un lado, la «de una opinión pública antifranquista azuzada por el exilio español» y la del PCF, que «era muy fuerte y exigía la ruptura de relaciones»; por otro, la de los propios «intereses nacionales» franceses, para los cuales el cierre de la frontera era una medida comercialmente inadecuada, y la de «sus aliados anglosajones», «no partidarios de una excesiva dureza contra el franquismo» y respecto a los cuales la Francia del momento, dada su debilidad política y económica, no podía imponer una línea más dura

en la dirección de la condena de la ONU y del compromiso antifranquista de amplios sectores de su opinión pública.

Quizá la razón que más jugó a favor de la tolerancia con el régimen de Franco desde el punto de vista de la opinión pública francesa, razón convenientemente explotada por el Gobierno para inclinar la balanza hacia el lado de los «intereses nacionales» del Estado francés y de los intereses estratégicos de «sus aliados anglosajones», fue «la creciente llegada, cada vez más de forma clandestina, de españoles que huían de España por razones realmente económicas, aunque la mayoría alegaban ser perseguidos políticos para ser acogidos como refugiados». Esta llegada masiva provocó una «progresiva pérdida de simpatía en el seno de la opinión pública francesa hacia la causa antifranquista», perfectamente retratada en la circular difundida por el Ministerio del Interior a todos los prefectos de la metrópoli el 31 de marzo de 1948. Los «elementos indeseables españoles» iban a ser sometidos desde ese momento a una estrecha vigilancia, al tiempo que se reforzaban los controles para evitar su entrada clandestina cruzando los Pirineos.

La movilización en actos públicos a favor de los exiliados y en contra del régimen franquista, las protestas instigadas por aquéllos ante los consulados españoles en ciudades francesas, el cierre de la frontera como medida de presión, el apoyo de los intelectuales y la calle; todo aquel frente de contestación y compromiso del país vecino con la causa republicana había «descendido varios enteros» a finales de 1950, fenómeno que se pone de manifiesto en la progresiva pérdida de intensidad de la propaganda diplomática franquista en suelo galo. Quizá la puntilla del decaimiento del antifranquismo en Francia fuese la ilegalización del PCE en 1950 como resultado de la conocida como «operación Bolero-Paprika». Ésta se produjo en un clima de crecientes suspicacias respecto al comunismo que contaminó al exilio es heterogéneo de por sí aunque con una presencia comunista muy arraigada. La identificación entre antifranquismo y comunismo, defendida por los propios comunistas españoles, siempre antidemócratas, terminó por asestar un golpe definitivo a las esperanzas y unidad del exilio español en Francia. Anarquistas, socialistas y republicanos nunca aceptaron que la lucha contra Franco tuviese que estar sellada por un acto de adhesión incondicional a la Unión Soviética. La asociación en el imaginario popular francés del antifranquismo con el stalinismo, el temor creciente del Gobierno galo a las actividades de los comunistas exiliados españoles y la mencionada división entre antifranquistas comunistas y no comunistas e incluso anticomunistas en el seno del exilio español recortaron las posibilidades de maniobra de éste en Francia y, más aún, la fe en un posible cambio de régimen en España fruto de la presión internacional. A la postre, sería

Franco y no los exiliados quien mejor supo interpretar el contexto político de la posguerra y quien, por tanto, mejor supo situarse en el mundo de la Guerra Fría.

El brillante análisis realizado por Javier Cervera del exilio español en Francia como fenómeno de opinión pública, su documentada inmersión en el medio institucional, organizacional y social del país vecino para desentrañar dicho fenómeno y la claridad de que hace gala a la hora de explicar los imponderables y las claves de la política del Gobierno francés respecto a Franco y los exiliados permiten al lector extraer la conclusión de haber leído un libro con dos protagonistas: el exilio español en Francia y la Francia de los primeros años tras la liberación.

Una manera de entender esta original aportación al estudio de la Guerra Civil española y sus largas secuelas es la que interpreta las reacciones generadas por aquel exilio en la opinión pública francesa como un capítulo de los tambaleantes y difíciles orígenes de la Cuarta República. Leído así, y aunque el protagonismo de dicho exilio no decaiga en ningún momento, el análisis de la génesis y evolución de las mencionadas reacciones, de sus «ámbitos» de eclosión y de los factores que intervinieron en su producción y paulatino cambio, el libro termina presentándose como un complejo retrato histórico de una Francia en permanente estado de ansiedad. Y ello debido tanto a la herencia del conflicto civil de los años de la ocupación como a la dependencia económica política de las potencias anglosajonas.

El estudio del exilio español propuesto por Cervera se enmarca, por tanto, dentro de unas coordenadas muy precisas cuyo esclarecimiento posibilita un balance histórico de la realidad no sólo de aquel exilio en Francia, sino de la de este país en un momento dramático de su historia contemporánea. Por eso decimos que este libro tiene dos protagonistas y cuenta dos historias entrelazadas cada una de las cuales nos habla de las vicisitudes de la otra. En la intrahistoria del exilio español en Francia, está escrita una parte importante de la historia de la Cuarta República, mientras que en esta última, en sus problemáticos orígenes, se refleja el progresivo decaimiento del apoyo francés a la causa antifranquista y sus representantes en tierra gala. Pues dicho decaimiento, como bien demuestra Cervera, resulta indescifrable si no lo situamos dentro de las peculiares circunstancias de la Francia de posguerra. Y, al hacer esto, como decíamos, el libro termina siendo un capítulo *español* de la historia *francesa* de la posguerra y un capítulo *francés* de las secuelas españolas de la Guerra Civil del 36. En esta doble y complementaria cara se concentra todo su valor y riqueza.